

Costa París, A. (2010).

La ópera y su puesta en escena. Una aproximación desde sus orígenes.

Roma: Aracne, 227 pp.

No cabe duda de que a lo largo de la historia el ser humano se ha interesado por el arte y éste ha estado siempre presente en cualquier sociedad humana. Ese interés, más creciente en unas épocas que en otras, revela el sentido formativo que conlleva toda obra de arte y su importancia en la formación de quienes conforman una cultura. Ciertamente esto es posible en la medida en que el arte “se constituye en una forma de comunicación, en un lenguaje que revela al artista, y por tanto, también en una forma de conocimiento” (p. 11). Este proceso que presenta una dimensión educativa requiere que el mensaje de la obra de arte llegue al espectador y esa recepción será diferente en la medida en que, como afirma Tomás de Aquino (Quaest. Disp. *De Caritate*, a.1), “lo que se recibe se recibe al modo del recipiente”.

Estos dos aspectos revelan algo fundamental: la obra necesita del espectador y debe garantizarse la transmisión del mensaje. En otras palabras, el arte es una forma de comunicación en la medida en que su intencionalidad formativa modula la comunicación y suscita el aprender como acción inmanente o formativa. La comunicación se lleva a cabo considerando intencionalmente al espectador como objeto para la recepción del mensaje. De este modo, como expresan dos autores de Filosofía de la educación: “a través de las palabras, puede participarse de ideas, afectos o intereses, es decir, de lo que podrían llamarse contenidos de la subjetividad; pero no de ésta misma” (Francisco Altarejos y Concepción Naval (1999). *Filosofía de la Educación*. Eunsa: Pamplona, p. 35). El modo de llevar a cabo el intercambio de información es a través de la comunicación objetiva, “tal comunicación es un fenómeno que se da constantemente en el seno de la sociedad” (Emilio Redondo (1999). *Educación y comunicación*. Ariel: Barcelona, p. 205).

Trascendiendo el nivel formal de la relación social nos encontramos con la comunicación subjetiva que se realiza por la vía de la acción compartida con especial incidencia de los sentimientos individuales, de ahí que el mensaje que le llega al espectador de la obra de arte sea diferente en cada caso. “También hay aquí un co-

nocimiento, pero en una forma especial que Tomás de Aquino llamaba conocimiento por connaturalidad, donde la intervención de los afectos es crucial. A través de la afectividad no se conoce la realidad objetivamente, pero en cambio se percibe el significado para mí, el valor que tiene lo conocido respecto de mi subjetividad ... Sólo a través de la presencia se realiza ese conocimiento afectivo o por connaturalidad; y sólo con ese conocimiento se abren las puertas a la comunicación subjetiva o existencial” (Francisco Altarejos y Concepción Naval, 1999, pp. 35-36).

Estas dos formas de comunicación, objetiva y subjetiva, son propias y constitutivas de la comunicación educativa, de modo que una no se da sin la otra, aunque no simultánea pero sí sucesivamente. De acuerdo con la autora, “entramos de este modo en el complejo tema de la interpretación de una obra dramático-musical, como es la ópera. Tema más complejo aún si advertimos la convergencia de diferentes artes en la misma obra, algo que también convierte a la misma en una rica estructura repleta de posibilidades, entre las que se encuentran las referidas a la formación estética de la persona” (p. 12).

A lo largo de cinco capítulos Ana Costa considera la evolución de la dramaturgia musical desde los inicios de la ópera en el Renacimiento hasta el siglo XIX. La aportación del siglo XX se hace desde el punto de vista de la escenografía y del teatro, pues son quienes aportan en este siglo un cambio significativo en la puesta en escena de la ópera como intermediaria entre autor y espectador. El criterio de elección de autores se centra en quienes han realizado reformas importantes en el mundo teatral, han creado puestas en escena para óperas, o han incorporado aspectos en sus direcciones teatrales que también acababan repercutiendo en el mundo operístico y sus puestas en escena.

El ámbito geográfico se circunscribe a aquellos países donde se inscribe el ámbito de la formación de los principales autores del repertorio clásico, entre los que se pretende destacar la dramaturgia de Mozart, por el pensamiento filosófico que precedía al desarrollo de la ópera en algunos casos, o por la recepción que se hace de este nuevo estilo desde su origen. Los países a los que se hace referencia son Italia, Francia, Alemania y Austria, tal y como hoy día se entienden los límites políticos en esos países.

No cabe duda de que nos encontramos con un libro, fruto de la investigación de la autora, sobre los que el tiempo no pasa y son tan necesarios y convenientes en el mundo académico. Desde el ámbito de la Pedagogía en lo que concierne a la formación estética, y en el ámbito de Magisterio con relación a la didáctica musical,

se reclaman referentes sobre los que asentar su contenido. Esta obra satisface con creces esta necesidad, tanto para el profesor como para los alumnos. La necesidad de tener claros los orígenes y las referencias sobre las que asentar nuevos conocimientos se hace cada vez más patente en una sociedad donde lo que apremia es lo inmediato. La virtualidad formativa y educativa de esta obra la dota de referencia inexcusable en el avance del conocimiento musical y operístico que reclama una formación estética y didáctica en los educadores del siglo XXI.

Alfredo Rodríguez Sedano. Universidad de Navarra

Martínez, M. (ed.) (2008).

Aprendizaje, servicio y responsabilidad social de las universidades.

Barcelona: Octaedro-MEPSYD, 223 pp.

Los diversos trabajos que encontramos en esta obra apuntan hacia una cuestión clave. Concretamente muestran la importancia de integrar el aprendizaje servicio dentro del amplio marco docente universitario. Son en total diez propuestas elaboradas por diversos profesionales de la educación quienes, desde ópticas variadas, abordan el tema del aprendizaje servicio.

Urge una propuesta así en clara respuesta al utilitarismo vigente en la educación universitaria de hoy. Es evidente que la formación del universitario ha de ser más amplia. En este sentido, son sugerentes los argumentos de quienes alzan la voz a favor de una formación del universitario encaminada hacia los logros más elevados de la cultura humana, hacia lo mejor que se haya pensado y dicho nunca. Evidentemente estas ambiciosas cotas van más allá de la mera preparación instrumental para el desarrollo de una profesión.

Así las cosas, el primer capítulo escrito por el editor versa sobre las relaciones entre aprendizaje servicio y ciudadanía activa en la universidad. Continúa el interesante aporte de Nieves Tapia considerando el desatino de quien piensa que la ca-